

mentalista o de un mero arte narrativo, otra cosa de la cual hemos de dar razón. Tengamos en cuenta que nuestra labor no puede ser la de construir, en una región ideal, lo que la Historia debe ser. Como hemos dicho en otra ocasión, la función de la teoría de la ciencia no es normativa, sino dilucidadora. Le incumbe, en nuestro caso, no inventar una manera nueva de historiar, sino analizar las condiciones lógicas en que se ha alcanzado un conocimiento efectivamente logrado y puesto a nuestra disposición por los grandes maestros de la Historia»⁵.

Teniendo ante los ojos la obra de los grandes maestros de la historiografía alemana del siglo pasado y de la francesa en el presente siglo hace resaltar Maravall las numerosas páginas que los maestros respectivos han dedicado a los problemas sobre teoría y método del conocimiento histórico, preocupados precisamente por la fundamentación científica de la Historia. Con ello se opone una vez más a Huizinga, para quien las vigorosas discusiones metodológicas de fines del siglo pasado, suscitadas polémicamente por la obra de Lamprecht, habían tenido escasa repercusión en la propia labor de los historiadores. Y a este propósito hace Maravall una observación que historiadores tan conspicuos de las ciencias naturales como un Hanson, un Kuhn, un Feyerabend hubieran suscrito sin vacilación: «Lo que en gran parte sucede es que suele haber un gran distanciamiento, un notable retraso entre el nivel en que en alguna rama particular se plantean las cuestiones epistemológicas y de metodología y el nivel alcanzado por la filosofía y la teoría de la ciencia... En la objeción general contra toda preocupación metodológica y epistemológica, lo que sucede es que, de ordinario, la infecundidad que se achaca a ésta procede más de la inadecuación de las soluciones adoptadas que de la preocupación misma»⁶. Las ciencias, incluidas las naturales, han progresado muchas veces a pesar del método, a pesar de los errores, pues en la medida en que éstos rompen viejos horizontes y abren otros nuevos, pueden volverse fecundos. Muchas veces el científico, no menos que el artista, trabaja guiado por la inspiración, por la adivinación intuitiva, cuyo monto de azar habrá de ser eliminado por el rigor creciente de los métodos. Y aún hay más: aunque la cuestión de los fundamentos teóricos y de métodos no aparezca explícita en un autor, no cabe concluir por ello que enteramente falte en él. En el tratamiento habitual de un tipo de hechos y de sus conexiones se llega prácticamente a un verdadero conocimiento de aquellas formas de pensar que les son adecuadas, aunque no se alcance una autoconciencia de ello⁷.

En una palabra: el historiador —al igual que el matemático o el filólogo—, llega a adquirir, por la destreza que le proporciona la práctica de muchos años, un especial tacto, una especial intuición previsoras o capacidad adivinatoria. Y al decir esto se apoya Maravall nada menos que en Husserl. Así sucedió con Ranke, con Mommsen y con el mismo Dilthey. De este último ya hizo notar Ortega que se pasó toda su vida intentando exponer sistemáticamente la teoría sustentante de su praxis de historiador y apenas fue capaz de escribir unas cuantas páginas sobre el particular —siempre las mismas, por lo demás.

A fin, pues, de librarse tanto de un científicismo lleno de prejuicios —tal como fue caracterizado por von Hayek—, como de un agnosticismo frívolo, torna Maravall al punto de apoyo firme de la praxis historiográfica: «Estimamos que formarse idea de cuál es la situación al presente de la ciencia y tratar de ver qué perspectiva se abre en ella al conocimiento histórico, es el único remedio para librarnos de aquellos inconvenientes.

⁵ Ob. cit., p. 19.

⁶ Ob. cit., p. 21.

⁷ Ob. cit., p. 24.

Pues, a medida que una ciencia llega a mayor grado de madurez, no sólo se desarrollan mucho más intensamente los estudios teóricos sobre sus fundamentos lógicos, sino que se alcanza una mayor correlación entre la especulación sobre sus principios y la práctica consecución de sus conocimientos⁸. Invocando el imperativo de autenticidad que Ortega reclamaba tan insistentemente para el hombre en general, afirma Maravall que «para hacer historia se necesita rigurosamente tener conciencia del estado en que se encuentra la ciencia histórica», y, repitiendo a Dilthey, «la Historia necesita urgentemente un reforzamiento de su conciencia lógica».

La constitución de una Historia como ciencia no se alcanza hasta el siglo XIX, no siendo todo el desarrollo anterior más que los prolegómenos de ese movimiento que arranca de la última fase de la Ilustración. Y a este propósito el ejemplo de la revolución en la física actual es aleccionador: en el colosal esfuerzo intelectual que representa la física de hoy, el problema epistemológico tiene una parte importantísima, y a él han tenido que dedicar una atención principal todos los autores que han colaborado, con aportaciones propias, en la formación de las nuevas teorías, esfuerzo que no arrancó precisamente de una conciencia de éxito, sino de lo contrario, de la insuficiencia e imperfección del método y de la teoría de la física clásica para dar cuenta de una serie de nuevos hechos en un momento dado de la investigación. En una palabra: no es primero la lógica y luego la Historia, «sino que aquella sólo puede consistir en la reflexión crítica sobre las formas de pensar puestas de antemano en ejecución por los propios historiadores que escriben la Historia».

La necesidad de la revisión teórica de la Historia —y esta es la razón por la que la Historia de ciencia se transforma en un saber— se hace hoy más perentoria porque su conocimiento va tan íntimamente ligado al estado del hombre y de la sociedad, que la crisis de aquél perturba hondamente a éstos. A este propósito se le impone a Maravall la denuncia de lo que denomina «contagio naturalista» de nuestro saber del hombre y de la sociedad. El siglo positivista dejó como herencia la fe en la adopción —ingenua, por lo demás— de los métodos aplicados en las ciencias naturales como garantía de cientificidad en las ciencias humanas. Ya von Hayek había observado que los métodos que los cultivadores de las ciencias humanas creían adoptar de las ciencias naturales, no eran los que los mismos científicos han aplicado siempre en sus propios campos de investigación, sino los que se creía utilizar. Y si nefasta fue la traslación ingenua de métodos tomados de la ciencia clásica, tanto más lo será al presente, dada la nueva manera con que el científico trabaja. De esta contaminación resulta ser un ejemplo, no por reciente menos aleccionador, Hempel, quien —aunque Maravall parece desconocerlo— pensó que «las leyes generales tienen funciones totalmente análogas en la Historia y en las ciencias naturales; que son un instrumento indispensable en la investigación histórica y que hasta constituyen la base común de diversos procedimientos considerados a menudo como propios de las ciencias sociales, a diferencia de las naturales»⁹. Sabido es que ese modelo «fuerte» de explicación en Historia (el llamado *Covering Law Model*) fue progresivamente debilitándose en la obra de Nagel, Frankel, Gardiner y otros, sin perder del todo el valor de referencia última. Habrían de ser posteriores investigaciones en Historia de la Ciencia las que mostraran que el desarrollo de las teorías científicas no se había ajustado a un

⁸ Ob. cit., p. 27.

⁹ Véase «La función de las leyes generales en Historia», en *La explicación científica. Estudios de filosofía de la ciencia*, Paidós, Buenos Aires, 1988, pp. 233-245.

modelo único, sino que en su elaboración habían intervenido el azar tanto como el error, tanto la visión del mundo de los propios investigadores como la aceptación o rechazo por parte de la comunidad científica, etcétera. Tal fue la obra de un Hanson, de un Kuhn, de un Feyerabend... Y, de modo especial, habrá de ser Popper quien, tanto en *La sociedad abierta y sus enemigos*, como en *La miseria del historicismo*, rebata, en primer lugar el modelo genérico de teoría científica elaborado por Hempel, y, en segundo lugar, su pretensión de poder determinar en Historia leyes generales que «cubrirían» los «casos» (*instances*) particulares. Pero, una vez más, Maravall hubiera estado en radical desacuerdo con Popper en su negación absoluta de la Historia: «Quiero dejar bien aclarado que la “Historia”, en el sentido en que la entiende la mayoría de la gente, simplemente no existe: y ésta es, por lo menos, una de las razones por las que afirmo que carece de significado»¹⁰.

Los problemas teóricos que el saber histórico suscita se han planteado siempre por confrontación con el conocimiento de la naturaleza; ahora bien: el modelo que se tuvo presente en esa confrontación fue el de la ciencia clásica. Esa confrontación ofreció tres modalidades: por *contraste*, por *correspondencia* o por *asimilación*. De la primera modalidad fue representante paradigmático Dilthey, con su separación tajante entre ciencias de la naturaleza y ciencias del espíritu. El cometido de las primeras consistiría en la comprensión (*Verstehen*) de los fenómenos humanos, mientras que a las segundas correspondería la explicación (*Erklärung*) de los fenómenos naturales. De la segunda sería exponente Rickert, preocupado por conseguir un criterio *formal* de distinción entre Naturaleza e Historia, como dos órbitas paralelas de conocimiento, regidas por dos categorías que se corresponden: ley y valor. De la tercera propone Maravall como exponente a un Taine que enuncia: «Después de reunir los hechos, la investigación de las causas», búsqueda que tiene que hacerse programáticamente como en el mundo natural. Pero esta confrontación de la Historia con la Naturaleza —añade Maravall— no ha sido privativa del positivismo, sino una actitud dada en el pensamiento con mucha anterioridad y sobre supuestos ideológicos muy diferentes, en concreto, sobre el supuesto de la física teleológica de la tradición aristotélica.

Aporta Maravall literatura abundante procedente de los mismos cultivadores de las ciencias naturales haciendo hincapié en las consecuencias que la revolución epistemológica operada por aquéllas habrá de tener sobre el conjunto del saber en general y de la Historia en particular. «La diferencia entre un libro de Historia de Braudel y un libro del propio Huizinga, con ser ambos excelentes, está en la diferencia de modo de hacer historia que los separa. Pues bien, creo que esa separación, ya hoy tan claramente observable, entre unos y otros libros, está en una influencia difusa que ha ejercido la renovación de la ciencia. En una palabra: el fuerte impacto producido por una revolución científica en otras esferas del saber no se reduce a una influencia inmediata, seguida, más o menos, de un propósito de imitación, sino que afecta hondamente al mismo clima espiritual, común a todos los modos del saber, cuando menos del saber de las cosas empíricas. Tempranamente advirtió Ortega el cambio en el modo de pensar que entrañaba la teoría de la relatividad, así como los nuevos modos de hacer biología, de hacer matemática y de hacer historia, llegando a hablar de un nuevo “estilo” de pensar.»

¹⁰ *La sociedad abierta y sus enemigos, II, Orbis, Barcelona, 1984, p. 431.*